

Sobre la narrativa de María Gainza

La vida como catálogo

▲ FRANCISCO ÁLVEZ FRANCESE

En esta obra, publicada en 2018, y, una vez más, valiéndose de las armas de la biografía, la historia del arte, la crítica y el ensayo, la narración y la crónica, Gainza persigue a un personaje enigmático. En esta confluencia de registros de escritura, la historia se desarrolla como un policial sin llegar a serlo, y escribe una suerte de versión negativa de la historia del arte argentino y, de algún modo, rioplatense. A través de un grupo de falsificadores, Gainza indaga en los temas que, en parte,

había sugerido ya en su primer libro, pero en una modulación distinta.

Así, aunque el libro no alcanza a su predecesor (acaso por el efecto que produce el primer encuentro con esta prosa), la autora arriesga en él nuevas formas de narrar y pone a prueba, de a ratos, su estilo, lo que la lleva a momentos de gran fuerza, como el catálogo de subasta que se encuentra incrustado en el tercer capítulo, en el que la vida de la pintora austríaca Mariette Lydis se cuenta mediante sus objetos.

En realidad, *La luz negra* se arma como un proyecto secreto, como la biografía imposible de una mujer excepcional, bajo la premisa del acercamiento como un andar a tientas y de la suposición como herramienta con la que subsanar la imposibilidad de la certeza. Una vez más, la primera persona evidencia no sólo su método, sino también el de Gainza: “técnicamente soy impresionista de la vieja escuela”, dice, “Sospecho en especial de los historiadores que con sus datos precisos y notas heladas a pie de página ejercen sobre el lector una coerción siniestra”. En base a estos preceptos –que a menudo no se respetan del todo–, Gainza establece una poética de la imprecisión, que, de otra manera, ya había puesto en práctica en su novela anterior. Todo lo que ahí aparecía dado acá se muestra: la pasión por la escritura epigramática (la autora maneja como casi nadie hoy la frase de afán total, un poco grandilocuente, pero no cínica), el placer de la copia y, en consecuencia, la discusión sobre la originalidad, sobre el placer estético y, por sobre todo, sobre el nombre del artista como aval de calidad.

En esta construcción, Gainza alterna referencias al disfraz, el ocultamiento, la simulación, y afirma la idea de la personalidad no como esencia, como centro inmutable del sujeto, sino como rol, como una impostura, en el mejor de los casos, genial: la vida en sociedad es entonces, como en una novela de Oscar Wilde, un baile de máscaras.

En este sentido, salir de uno mismo es una forma de vivir, de escapar de la tristeza de la repetición, y el falsificador aparece

MARÍA GAINZA

La luz negra



ANAGRAMA

LA LUZ NEGRA

Barcelona,
Anagrama, 2018
144 páginas

como un superviviente. En consecuencia, cuando, en una página cualquiera, se relata un hecho fácilmente corroborable (porque, por ejemplo, está contado en el diario de Adolfo Bioy Casares), uno se cuestiona la novela entera: ¿dónde empieza la invención?; ¿cuánto de lo narrado es parte de la historia y cuánto parte de la Historia? Pronto, sin embargo, uno se da cuenta de que la pregunta está equivocada: de que el arte puede ser, precisamente, la suspensión de esa pregunta. ■